

CAMINOS ENTREVERADOS: CULTURA Y EDUCACIÓN EN JAIME TORRES BODET

AURORA LOYO BRAMBILA¹

Instituto de Investigaciones Sociales

Universidad Nacional Autónoma de México

El libro de texto gratuito (LTG) constituye uno de los artefactos culturales más notables del siglo xx mexicano. Se encuentra a tal punto asociado con la representación que tenemos hoy de la educación pública, que reparamos poco en que, como cualquier otra empresa, fue en su primer momento el producto de una iniciativa personal que bien podría haber derivado en uno más de los proyectos fallidos a los que nos hemos venido acostumbrando. No fue así; millones de libros pueblan hoy las aulas y los hogares de los mexicanos. Profundizar en las fuentes de las que provino esta poderosa iniciativa es el objetivo que perseguimos en estas páginas. Para ello es preciso escudriñar en la experiencia vital de un hombre: Jaime Torres Bodet².

En algún fragmento de sus extensos escritos autobiográficos, Torres Bodet nos vuelve partícipes de la alegría que experimenta cuando, ya retirado de la vida pública, mira a una niña que se encamina a la escuela llevando entre sus útiles, su LTG. Experimenta un gozo, que Goethe identificó como uno de los mayores: ver realizada en la edad madura los sueños de la juventud (Torres Bodet 1981b, p. 337).

¹ Agradezco a Luis Antonio Mata el eficaz apoyo que me brindó en la búsqueda, ordenamiento y sistematización de datos relacionados con la obra y vida de Jaime Torres Bodet, así como el interés que puso en la discusión en algunas de las ideas de este ensayo. A Ricardo Pozas Horcasitas, las valiosas observaciones que hizo al primer borrador.

² La vida de Jaime Torres Bodet fue tan azarosa como prolífica. En el anexo ofrezco una panorámica de la trayectoria de su vida con los momentos más significativos.

No tenemos razones para dudar de su sinceridad; pero si el trayecto vital de Torres Bodet fue el de quien tiene un andar firme y decidido, no caminó por una sola vía, ancha y venturosa, sino las más de las veces, recorrió caminos entreverados.

Muy pronto se enfrenta a decisiones que lo alejan del ideal de una vida dedicada a la poesía que apenas pudo vislumbrar. Pero al mismo tiempo y casi de manera inadvertida, comienza a encontrar y a construir vasos comunicantes entre su vocación primera por la cultura, y un naciente compromiso con la educación de las masas. En adelante ése será su territorio y donde su acción constructiva trascenderá con mayor vigor. Es desde ahí que Torres Bodet impulsa un proyecto educativo de gran envergadura: dotar del LUG a los niños de todas las escuelas primarias del país.

El primer dato de nuestro personaje es que nació prácticamente con el siglo —el 17 de abril de 1902— en la ciudad de México. Su madre, de origen francés, sería la figura afectiva más próxima y constante en su vida. Fue ella quien se encargó de instruirlo en sus primeros años, inculcándole un fuerte y a veces agobiante sentido del deber.

La juventud de Jaime Torres Bodet ha merecido la atención de escritores e investigadores interesados en el grupo Contemporáneos (Olea Franco 1994; Sheridan 1985). Jaime fue precoz y cosechó desde muy joven éxitos en varios dominios. José Emilio Pacheco lo refiere así:

Nadie entre nosotros ha sido tan precoz como Jaime Torres Bodet. A los doce años comienza a escribir en la clase de literatura que da Enrique Fernández Granados en la preparatoria. A los catorce publica cinco sonetos en el periódico *El Pueblo*; a los dieciséis su primer libro, *Fervor*, con un prólogo de Enrique González Martínez que intuye a los futuros Contemporáneos [...] (Pacheco 1976, p. 5).

Recordado como un muchacho “atildado”, siempre correcto, que conseguía sin dificultad el aprecio de sus profesores, atrajo sobre sí también desde muy temprano, las burlas, las reticencias y el desdén de quienes no perdonaban su éxito. Su capital cultural, sus dones y su capacidad de trabajo, aunados a una sensibilidad política poco común, le abrieron las puertas de puestos de responsabilidad aparentemente incompatibles con

su edad. Cuando apenas roza los 19 años le proponen la Secretaría de la Preparatoria Nacional; se convierte poco después en secretario particular del rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos, quien, en marzo de 1922, habiendo asumido el mando de la recién creada Secretaría de Educación Pública (SEP), designa a su joven secretario director del Departamento de Bibliotecas (Coward 1966, p. 7; Carballo 1968, pp. 129-131).

Hasta entonces, su vida había sido la de un joven, sin duda privilegiado, que alterna una vida familiar disciplinada y conservadora con los hábitos de un grupo de amigos: individualidades muy disímolas unidas solamente por el amor a la literatura, por una actitud eminentemente crítica y un espíritu abierto hacia las innovaciones.

Mucha tinta ha corrido ya sobre los Contemporáneos y sobre las relaciones que existieron entre sus miembros. Fueron relaciones complejas y no podría haber sido de otra manera entre sensibilidades tan distintas y exacerbadas. Jaime Torres Bodet fue una figura central dentro de este grupo de jóvenes escritores. Prolífico y versátil, experimentó en muy diversos registros literarios. Al mismo tiempo que escribía, realizaba trabajos más mundanos. Iba tejiendo relaciones, apuntaladas por su talento y su laboriosidad. De esta manera ayudó más que nadie de su grupo a conseguir modestas sumas de dinero, gracias a las cuales salieron a la luz revistas culturales que parecerían incompatibles con los bárbaros tiempos que se vivían en el país.

Los méritos que como poeta posee la obra de Torres Bodet es materia para los críticos literarios. Su producción fue tan abundante como desigual; pero el valor del conjunto ha sido reconocido por voces tan disímolas como Octavio Paz, Salvador Elizondo y José Emilio Pacheco. Su admiración se distribuye de manera más meditada, es cierto, hacia determinados poemas, ensayos o fragmentos autobiográficos³.

Se ha difundido la idea de que la voz del poeta y aun del escritor fue lastimosamente sofocada por el funcionario, por el diplomático, por el hom-

³ Octavio Paz afirma: "Cada poeta está condenado a escribir un poema que es, a un tiempo, su tumba y su monumento. En el caso de Torres Bodet ese poema es *Dédalo*" (Paz 1994, p. 6), el cual forma parte del libro *Cripta* (Torres Bodet 1961, pp. 29-30).

bre, en fin, situado dentro de estructuras burocráticas. El desgarramiento que para el propio Torres Bodet llevaron consigo sus deberes como funcionario, al separarlo de su vocación literaria, se desprende de las páginas de sus memorias⁴. También por sus memorias, sabemos de la disciplina que le permitió acometer de nueva cuenta las incertidumbres del poeta al cabo de extenuantes jornadas de trabajo revisando documentos, redactando informes y cumpliendo con protocolos diplomáticos.

Hubo en cada decisión de su vida una aguda conciencia de los costos en que habría de incurrir, sobre todo en términos del tiempo para la literatura. Renuncias sí, y a veces frustración. Sin embargo, examinado a luz de la impronta que dejó su vida podemos tal vez, con mayor justeza, apreciar esta tensión bajo una luz diferente. Una luz en la que, sin desestimar este conflicto interno permanente, se distingan las conexiones entre su vocación literaria y estética, su pertenencia al ámbito de la “alta cultura” y su vocación por contribuir a educar a los que no habían podido acceder siquiera a los fundamentos del abecedario (Barriga Villanueva 2006).

Las conexiones entre alta cultura y educación popular pasan inadvertidas quizá porque sin quererlo hemos ido aceptando la separación entre los dos ámbitos como si fuese algo *natural* (Brameld 1955). En las oficinas gubernamentales encargadas del diseño de las políticas culturales, no existe interés por articularlas con la política educativa; al mismo tiempo, quienes tienen a su cargo el sistema de educación básica apenas aprecian en el arte, en la pintura, en la música o en la poesía algo que rebase las expresiones más ramplonas del folklore y las fiestas escolares. Esta separación artificial entre cultura y educación ha probado ser infecunda. Los ejemplos de José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet, los más notables secretarios de educación que tuvo México en el siglo xx, tendrían que servir para convencernos de la necesidad de intentar trasponer nuevamente los muros invisibles que separan estos dos ámbitos.

⁴ Una de las fuentes de su desazón era la imagen que de él se hacían sus amigos de juventud. Por ejemplo, al referirse a Bernardo Ortiz de Montellano y a Xavier Villaurrutia dice: “Ambos, por distintas razones me imaginaban prófugo de las letras [...]. Para ambos —y sobre todo para Xavier— resultaba yo *el subsecretario de Relaciones Exteriores*: un aficionado a la poesía perdido entre expedientes, audiencias, discursos y técnicas diplomáticas” (Torres Bodet 1981b, p. 697).

Una de las intenciones de este ensayo consiste en mostrar de qué manera las experiencias obtenidas a lo largo de cuatro décadas de trayecto vital por Torres Bodet cristalizaron, como lo habría deseado Vasconcelos, en el plano de la acción. No existe espacio para la improvisación; son acciones precisas guiadas por ideas y convicciones que se han ido formando lentamente a partir de lecturas, de viajes y sobre todo de experiencias de vida. De entre todas ellas he escogido dos que a mi juicio proporcionan claves muy relevantes para entender la fuerza de sus iniciativas desplegadas entre 1958 y 1964, en pro de la educación y de la cultura.

Dos experiencias contrastantes

Suele aceptarse, dice Pablo Latapí que después de José Vasconcelos, ningún otro secretario de Educación Pública, desde la creación de la SEP en 1921, ha dejado mayor huella en la educación mexicana que Jaime Torres Bodet. Después de señalar que todas las comparaciones son injustas, Latapí concluye que su pensamiento educativo “ha tenido una especial trascendencia, en no pocos aspectos, conserva actualidad tanto en el discurso educativo como en la práctica educativa” (1992, p. 14). Pensamiento sí, y acción, pues una de las características de nuestro personaje fue justamente la vinculación entre estas dos dimensiones.

Si Torres Bodet dejó huella en el sistema educativo mexicano fue sobre todo por la importancia de sus iniciativas en los dos periodos en que fue secretario de Educación Pública. Diversos autores se han ocupado de describir y analizar sus logros y también sus límites (Meneses 1998; Loyo 2010). Menos atención se ha prestado a otros dos momentos clave de su trayectoria vital: su contacto con José Vasconcelos entre 1920 y 1924 y su paso por la Dirección General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), entre 1948 y 1952. Fueron estas dos experiencias muy distintas, por su naturaleza, por el contexto y también por la fase de la vida de Torres Bodet a la que corresponden. Las une el hecho de haberlo conducido a repensar la educación, en especial sus fines y la manera en que éstos se articulan con un horizonte más amplio de debate que abarca al hombre y a la cultura.

La huella de Vasconcelos

Las palabras que utiliza un Torres Bodet reflexivo, retirado ya de la vida pública, para describir a José Vasconcelos debieran ser suficientes para indicarnos la fuerza de la impronta que dejó en su vida:

De los tres grandes educadores de que se ufana nuestro país (Gabino Barrera, Justo Sierra y José Vasconcelos), el tercero habrá de quedar, en la memoria de las futuras generaciones, como el más atrevido y contradictorio, el más impulsivo y más fulgurante, el menos lógico y más genial. Injusto por impaciente, rebelde por inconformidad y dogmático por angustia, la tormenta fue su ámbito inevitable [...] (Torres Bodet 1981b, p. 367).

Imaginemos por un momento lo que significó para un joven ciudadano, hijo único de una familia conservadora, emprender la apasionante aventura que fue el trayecto de José Vasconcelos por la SEP. Los viajes en los que acompañó al ministro, le hicieron conocer lo que era México. Al rememorar sus vivencias la palabra que brota repetidamente de su pluma es *dolor*; dolor al referirse a la vida de quienes carecen de casi todo y dolor también el que experimenta quien escribe, al descubrir en los rostros que encuentra a su paso la huella de carencias seculares y en la desolación del paisaje, la escasez de recursos para aliviarlas. Al mismo tiempo, Vasconcelos, con su exaltada personalidad, infunde entusiasmo en el joven Torres Bodet. Le contagia en especial su confianza en el poder del libro.

De niño, Jaime Torres Bodet, en compañía de su madre, frecuentaba las calles del centro de la ciudad de México sintiendo una gran fascinación por los útiles escolares. Como joven universitario se volvió cazador de libros. Al igual que sus amigos poetas, se quejaba de la pobreza de las librerías de la ciudad. Era ésta una pasión de intelectual. Pero una idea nueva se abre espacio en su conciencia: la de que el libro constituye un vehículo por excelencia de la civilización y de ahí su consecuente compromiso vital con cualquier acción que ayude a acercar los libros al pueblo. Es ésta una pasión de educador que tal vez no habría aparecido, o al menos no con ese vigor, de no haber trabajado el joven Torres Bodet —veinte años apenas— codo con codo al lado de José Vasconcelos. Importa traer a nuestra

memoria algunas de las ideas que en esos años articuló y propagó Vasconcelos sobre el tema del libro en México y en el extranjero.

En la conferencia que Vasconcelos dictó en Córdoba, Argentina, en octubre de 1922, confiaba a sus oyentes que construir escuelas no era de ninguna manera suficiente para elevar el nivel de "civilización" de México. Agregaba que era imperativo difundir el libro, que en México era un objeto cultural demasiado raro, demasiado caro y demasiado inaccesible. Pregonaba la necesidad, entre otras acciones, de fomentar las ediciones nacionales y de crear una red de bibliotecas abiertas para todos, sin discriminación de nivel cultural ni de condición social. En su discurso de toma de posesión de la rectoría de la Universidad Nacional, Vasconcelos ya había establecido que para él la alfabetización no sería sino un engaño si los ciudadanos alfabetizados no tenían la posibilidad de poner en práctica regular e inmediatamente los conocimientos adquiridos. Era, pues, forzoso tomar las medidas que permitieran multiplicar los libros, promover ediciones de gran tiraje y a precios accesibles y, sobre todo, practicar una política de calidad en el terreno de la publicación (Fell 1989, pp. 484-485). Torres Bodet guardó para sí esta misma convicción, que expresa con palabras prácticamente idénticas a las de Vasconcelos:

Lo mismo cuando tuve el honor de colaborar con José Vasconcelos que, más tarde, cuando fui secretario de Educación —y, recientemente, cuando dirigí la UNESCO— siempre me interesé porque el libro completara, de manera más libre, la acción de los profesores. De nada vale enseñar a leer, ni crear escuelas, ni fomentar la educación fundamental de las masas si los que acaban de aprender no pueden procurarse textos o, más aún, si no se les ofrece y proporciona material de calidad para el ejercicio de la lectura (Torres Bodet 1981a, p. 98).

La complementariedad de las acciones en pro de la educación y de la cultura fue otra de las vivencias de la época dorada de Vasconcelos de la que Torres Bodet tuvo en suerte participar. Escribir leyes y reglamentos, editar libros, repartirlos, organizar bibliotecas y misiones culturales, invitar a los artistas a colaborar; todo es importante y se ha de hacer. Y Torres Bodet aprende: redacta y firma con Vasconcelos el Reglamento del Departamen-

to de Bibliotecas, las crea y organiza en gran número, compra y entrega libros por doquier y aún se da el tiempo para publicar —en colaboración con Xavier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano y Francisco Monterde— la selección de cuentos y leyendas europeas que aparecerían en el segundo tomo de *Lecturas clásicas para niños*.

El valor de la acción, el sabor del “deber cumplido” y la vivencia de que desde la SEP es posible lograr conjuntar la “alta cultura” y la educación popular son algunos de los aprendizajes del joven Torres Bodet al lado del ministro. Otras lecciones provendrán de una experiencia radicalmente distinta: la de ser director general de la UNESCO en plena Guerra Fría.

Los amargos años de la UNESCO

Hacia poco que la Segunda Guerra Mundial, de cuyos inicios Torres Bodet había sido testigo en Bélgica, había terminado. Se albergaban grandes esperanzas en la posibilidad de construir un mundo nuevo en el que esa enorme tragedia humana no pudiera volver a repetirse. Campo fértil para un resurgimiento del humanismo en distintas versiones, que guardaba afinidades con las arraigadas convicciones de Torres Bodet. Entre 1946 y 1948, como secretario de Relaciones Exteriores de México, participa en reuniones internacionales muy importantes como la creación de la Organización de Estados Americanos. Pero fue la creación de la UNESCO el acto que mayor esperanza y entusiasmo le suscitó.

Acudió Torres Bodet a la Conferencia de Londres en 1945, siendo secretario de Educación de México. Pero no acudió como se va a un acto protocolario más. Muchos años después, René Maheu, quien asistió a la conferencia, recordaría de qué manera Torres Bodet había insistido, a lo largo de la misma, para que se reconociera y se proclamara el carácter esencialmente ético de la misión de la UNESCO. Más aún, es a él a quien se debe la famosa frase del preámbulo de la Constitución de la UNESCO: “la paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad”, fórmula que encierra, según Maheu, “la definición más clara que puede darse de la razón de ser y de los medios de acción de la organización” (1974).

El 26 de noviembre de 1948, la Conferencia General de la UNESCO, reunida en Beirut, elige a Jaime Torres Bodet como director general (UNESCO 1948). Cuatro años después, y sin haber terminado el plazo establecido para su mandato, renuncia a su cargo:

Amargos años viví en la UNESCO: los que enturbiaba la guerra fría [...] en las horas decisivas, tuve la impresión de encontrarme en un desierto. Los poderosos continuaban desarrollando su política de dominio, y los débiles dejaban que sus representantes hablasen de paz, sin asociarse valientemente a fin de luchar por mantenerla (Torres Bodet 1981b, pp. 3-4).

En efecto, fueron para Torres Bodet años amargos; a nivel biográfico no es aventurado afirmar que esa experiencia lo hizo a él, que no había cosechado sino éxitos como hombre público, un poco más tolerante al fracaso. Pasó mucho tiempo para que se recuperara totalmente de esa decepción, lo que se tradujo en un distanciamiento de la organización que no pudieron dejar de resentir sus antiguos colaboradores. No obstante, solamente habría que esperar seis años para que, al ser nombrado secretario de Educación por Adolfo López Mateos, se revelara el valor de la experiencia y de los contactos que había adquirido durante su gestión en la UNESCO.

Torres Bodet no fue un funcionario internacional acomodaticio. Su aventura en la UNESCO la emprendió armado, como ya vimos, de una concepción muy clara de lo que a su juicio debían ser los valores que orientaran a la organización. Su renuncia fue consecuencia de un viraje en la UNESCO, producto de las condiciones del contexto internacional. Los recortes, que los principales gobiernos donantes impusieron al presupuesto de la organización, actuaron como el elemento desencadenante en su renuncia, pero esto no fue sino el indicio más claro de la derrota del proyecto que Torres Bodet representaba.

La UNESCO padecía entonces, como ahora, tensiones inherentes a sus funciones, un ejemplo es la distancia entre sus objetivos internacionalistas y los impactos prácticos de su acción, la cual se da en ámbitos que —como la educación nacional— son “parroquiales por naturaleza” y que como tales tienden a forjar diferencias más que a promover el internacionalismo. O bien, la tensión originada entre sus designios en pro de la solidaridad inter-

nacional y las formas que adopta el funcionamiento cotidiano de la organización, el cual gravita dentro de un agobiante multilateralismo y se sustenta en redes sometidas a las voluntades de quienes manejan los hilos del poder.

Existían adicionalmente circunstancias adversas que explican las “zan-cadillas” que precedieron a su nombramiento como director general y que nos son relatadas por el propio Torres Bodet, ya con cierta distancia, pero sin profundizar suficientemente en torno a los intereses que se estaban confrontando⁵.

Un estudio que aborda las condiciones políticas que privaban en el momento de la Conferencia de Beirut señala:

El bloque poscolonial fue capaz de asegurar el puesto de director-general a su candidato preferido, Jaime Torres Bodet, ex secretario de Relaciones Exteriores y de Educación de México. No era la primera opción de los Estados Unidos y la delegación de ese país se quejó con sus superiores del apoyo dado al “neutralismo” poscolonial por las delegaciones de Francia e Italia, que parecían haber adoptado una posición más conciliatoria hacia el bloque soviético y expresaban constantemente sus objeciones al “imperialismo cultural” británico y norteamericano. Un informe señalaba incluso que el bloque poscolonial se había visto alentado en su anti-americanismo por las social democracias de la Europa Continental, sensibilidades grandemente influidas por el liderazgo intelectual francés [...] (Graham 2006, p. 244).

La frágil situación en que se encontraba como director era bien comprendida por Torres Bodet; pensaba sin embargo que el trabajo, la buena gestión y los proyectos de la organización, así como el apoyo de un buen número de países pobres y el auxilio de Francia y de otros gobiernos europeos, así como de diversas y muy destacadas individualidades podrían ser un contrapeso suficiente. Pero no fue así. Las hostilidades entre Estados

⁵ Se dejó correr el rumor inmediatamente antes de que asumiera el cargo, de que su esposa había fallecido en París. Este rumor le fue cuidadosamente ocultado por su círculo cercano de amigos y colaboradores; fue al finalizar la ceremonia que se supo de manera oficial que el estado de salud de la señora Torres Bodet, quien había sido recientemente sometida a una operación quirúrgica, era óptimo. El rumor había tenido como objeto hacer que Torres Bodet regresara a París precipitadamente, sin tomar posesión de su cargo.

Unidos y la Unión Soviética no hicieron sino aumentar; la irrupción del conflicto de Corea exacerbó las presiones inherentes al clima de la Guerra Fría (Sathyamurthy 1967). Aumentaba también la intensidad de las críticas abiertas y veladas hacia las orientaciones que Torres Bodet estaba imprimiendo a la UNESCO. Se cuestionaba justamente la fórmula que proponía introducir en su Constitución —se la rechazaba por poco realista—: que el objetivo de la UNESCO pudiese consistir en contribuir con sus acciones a la paz (Niebuhr 1950). En el fondo lo que se le reprochaba a su gestión era la reticencia que mostraba para contraer un compromiso más abierto y decidido con la lucha de Estados Unidos contra el comunismo, en particular, en favor de sus acciones bélicas en Corea.

Torres Bodet se ve forzado a hacer algunas concesiones, pero en lo fundamental se mantiene firme buscando salvaguardar la autonomía relativa de la organización. Continúa con los programas que ya están en marcha e inicia otros⁶. Viaja incansablemente para apoyar proyectos educativos y culturales, pero también para intentar allegarse de fondos para la organización. Se adentra en las realidades educativas y sociales de países más pobres que México; al mismo tiempo tiene la oportunidad de conocer y tratar a artistas, a gobernantes y a sabios⁷. La UNESCO se encuentra atravesada, por decirlo así por los debates políticos e intelectuales del momento: educación y cultura, la paz y la democracia, nacionalismos *versus* internacionalismo y la reestructuración del mundo poscolonial (Latapí 2006).

Su renuncia en 1952, se desencadena como consecuencia de la falta de apoyo que recibe su programa de trabajo y que se expresa en la disminu-

⁶ La organización ya había puesto en marcha varios programas importantes como la investigación sobre programas de educación internacional, encuestas sobre el estado que guardan las bibliotecas y el intercambio y distribución de publicaciones. También la revisión de los libros de texto escolares era un tema importante en la agenda. Se le atribuía a esta actividad un valor estratégico para hacer crecer el entendimiento entre los pueblos.

⁷ En sus *Memorias* se encuentran descripciones notables por su brevedad y su fineza sobre las individualidades que despertaron su interés. Véase por ejemplo la que dedica a Teilhard de Chardin, “un personaje de reducida estatura, manos sutiles y aspecto tímido y friolento [...] Me habló con la modestia de un sabio y con el candor de un adolescente [...] Le escuché con sorpresa y gratitud. Era el primer intelectual que me visitaba sin otro afán que el de estimularme en la más urgente de mis tareas [...]” (Torres Bodet 1981b, pp. 52-53).

ción de los recursos que se le asignan. Regresa a México decepcionado y decidido a continuar a la vida de las letras. Pero en su equipaje trae consigo una idea más clara de los límites y de las potencialidades que el momento internacional abre a los países pobres.

Sobra decir que México nunca está ausente de su pensamiento, como se aprecia cuando apunta, al comentar la exposición que montó la ONU en París, en 1949, para celebrar el primer aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos:

En ella (en la exposición) junto a los más ilustres textos legales, el visitante podía contemplar —en dioramas muy expresivos— escenas conmovedoras, testimonio del heroísmo de pasadas generaciones [...] Desde entonces pensé en la conveniencia de que México realizase algo semejante, pero más duradero⁸.

Análogas reflexiones han de haber venido a su mente al examinar los “manuales” escolares de países de los cinco continentes (UNESCO 1950), lo que le lleva a plasmar, años más tarde, esta interesante afirmación:

El manual más sencillo es el fruto de la evolución cultural prolongada, compleja y honda. Emanada de experiencias históricas muy profundas. Representa la síntesis de una alquimia docente, literaria, científica —y hasta política. En los Estados jóvenes, los libros de texto adolecen a menudo de inmadurez, improvisaciones, encogimientos o, al contrario, de súbitas petulancias [...] (1981b, p. 389).

Las anteriores no son sino dos de las muchas enseñanzas que la UNESCO dejó en Torres Bodet. La derrota que le habían infringido lo llevó también a una nueva certidumbre: ningún proyecto cultural o educativo importante —por muy valioso que fuera— podría realizarse sin contar con un apoyo político irrestricto, único medio para asegurar que fluirían los cuantiosos recursos que este tipo de proyectos necesitaban.

⁸ En este fragmento de sus *Memorias*, Torres Bodet narra cómo fue que nació la Galería de Historia de Chapultepec (1981b, p. 464).

Hemos examinado hasta aquí dos experiencias muy distintas, una la del joven Torres Bodet, colaborador cercano de Vasconcelos; otra la del Torres Bodet maduro, director general de la UNESCO. Ambas nos iluminan el horizonte de quien, a los 56 años, en el último tramo de su vida pública pudo concebir el proyecto educativo de los LTG para los niños mexicanos y sí conseguir en esta ocasión, el apoyo decidido del poder político. La otra gran experiencia fue la de su primera gestión en la SEP, entre 1943 y 1946. Minuciosamente descrita y analizada por diversos autores, nos limitaremos a mostrar, valiéndonos de nueva cuenta de los escritos del propio Torres Bodet, que a finales de los años cuarenta nuestro personaje ya tenía en su haber las líneas de un proyecto educativo para el Estado mexicano. Enriquecido, como ya señalamos, por su estancia en la UNESCO, daría sustento a las políticas educativas del gobierno de Adolfo López Mateos, algunas de las cuales se prolongarían por cierto más allá del término de esa administración.

Pensar la educación mexicana

La experiencia en una organización internacional puede servir, y en general así es, para cultivar y refinar los gustos de quienes acceden a esos puestos y para volverlos más “cosmopolitas”. En el caso de Torres Bodet la experiencia tuvo otra densidad. Sus experiencias previas —la vasconceliana, pero también la de su primera gestión como secretario de Educación— lo habían llevado ya a formular un discurso educativo propio. Examinemos con cierto detenimiento tres temas que no son sino tres eslabones de una misma cadena: la historia, la escuela mexicana y la importancia del acceso al libro.

La posición de Torres Bodet sobre la enseñanza de la historia busca, como lo hará en muchos otros temas, el equilibrio. Debate así, en una conferencia dictada en 1944 sobre dos tesis antagónicas: la primera que sostiene que la historia no se escribe sino para servir al hombre y a las civilizaciones en sus designios para el futuro; la segunda busca y cree poder encontrar la “objetividad extremada”. Torres Bodet defiende el término medio. Y dice: “En el término medio en que descansa la realidad, las enseñanzas de la historia representan una ayuda insustituible para comprender el presente y, al mismo tiempo, para concebir sin pro-

féticos dogmatismos el futuro de la nación” (Torres Bodet 1948, p. 21). Y al referirse a México comienza por adherirse a la postura de Benedetto Croce cuando éste se opone a que se prive a la historiografía del elemento pasional. Así Torres Bodet afirma:

Bien por cierto, que se cancelen los odios en la redacción de los libros de historia de nuestra Patria [...] Como secretario de Educación, aplaudiré todo lo que se haga en ese sentido; pero como funcionario y también como hombre, habré siempre de preocuparme porque, en nuestro empeño de eliminar los enconos, no terminemos absurdamente por confundir los juicios con los prejuicios y por tender sobre los dolores del pasado —que son historia y, como historia, son enseñanza— un velo hipócrita y tembloroso que daría a las nuevas generaciones una impresión descastada de nuestra vida y que [...] colocaría a los héroes de México en la equívoca posición de protagonistas sin contenido y de seres que pelearon contra fantasmas (*ibid.*, pp. 22-23).

Los títulos de los dos últimos apartados de esta conferencia son elocuentes: “Una historia que defienda a la Patria”, en que reitera su admiración por la figura de Justo Sierra, y “Visión completa y escenario universal”. Al abogar por una “visión completa” de la historia de México se está pronunciando en contra de quienes quieren eliminar, por encontrarlas incómodas, “las razones que algunos sectores de México tuvieron para vivir y para luchar, [lo que] eliminaría de nuestra historia ese elemento crítico necesario que sólo temen los déspotas o los débiles” (*ibid.*, p. 24). Ostenta en este fragmento un espíritu tolerante que hoy puede parecernos insuficiente, pero que en esos años no era común. En cuanto al “escenario universal” se refiere a “la conveniencia de no enfocar los acontecimientos de nuestro pueblo en un escenario aislado, hermético [...]”. Por el contrario, convendría “transmitir a los capítulos de la historia de México esa dimensión eterna, la dimensión de lo humano por relación con lo universal [...]” (*ibid.*)⁹. Late aquí su preocupación por alejarse de las formas más extremas de un nacionalismo pueril.

⁹ En este fragmento de sus *Memorias*, Torres Bodet narra cómo fue que nació la Galería de Historia de Chapultepec (1981b, p. 464).

La formación que la escuela debía dar a los mexicanos del futuro tendría que partir de las condiciones del medio circundante. Subrayaba que si nuestras escuelas daban resultados poco satisfactorios era debido a “una falta de métodos y de medios; es decir una inadaptación a la realidad” (*ibid.*, p. 37). Más grave que el estado lamentable de los planteles era la falta de unidad de la enseñanza que impartían los maestros. Por último insistía nuevamente en el problema del acceso a los libros:

Peor impresión que la que producen los edificios [se refiere a las escuelas] la dan los libros que deberían de leerse y analizarse. Y digo deberían leerse porque la mayor parte de los alumnos no los poseen, pues o son caros o son superfluos o la frecuencia de su mudanza —provechosa quizá a quienes lucran con su comercio— los convierte en amenaza perpetua para el erario de las familias menesterosas (*ibid.*, pp. 137-138)¹⁰.

Al emprender la revisión de planes y programas como secretario de Ávila Camacho en plena Segunda Guerra Mundial, Torres Bodet subrayaba la importancia de la educación cívica: no bastará que la educación enseñe la democracia; será preciso que “la educación misma sea democrática” (*ibid.*, p. 139). Otro tema, menos explícito pero de la mayor importancia en su discurso educativo fue el de la asimilación. La educación cumplía una función civilizatoria y, aunque reconocía el valor de “lo autóctono”, la intención homogeneizadora de la escuela mexicana impregna todos sus planteamientos:

Proclamamos que en nuestro país la educación ha de tratar de enseñarnos principalmente a valorar nuestra propia alma, a estimar la eficacia de sus virtudes y a reconocer el lastre de sus defectos, asimilando las cualidades aprovechables, coordinando las diferencias irreductibles; civilizando, en una palabra,

¹⁰ Consciente de que la redacción de los LG no estaba en manos de la Secretaría, Torres Bodet señala la necesidad de establecer lineamientos pedagógicos y también de convocar a un concurso a fin de que el texto premiado sea adquirido por el Estado y que la Secretaría pueda imprimirlo. De esa manera el libro se podría vender barato o incluso “distribuir de manera gratuita entre los hijos de padres verdaderamente necesitados” (*ibid.*, p. 144).

a los grupos que el aislamiento y el abandono han dejado a la zaga del progreso de las ciudades [...] (*ibid.*, p. 125).

No podríamos sino coincidir con Pablo Latapí, quien desde una perspectiva muy distinta a la nuestra —filosófica y pedagógica— analizó el pensamiento educativo de Torres Bodet:

Las características que Torres Bodet atribuye a la educación no provienen estrictamente de su propia filosofía de la vida; tampoco de una síntesis refleja de determinados autores o escuelas de la Pedagogía, con las que no parece haber estado muy familiarizado. *Su origen es, más bien, la experiencia personal del autor* (Latapí 1992, p. 33. Las cursivas son mías).

Es ésta la razón por la que un acercamiento biográfico es indispensable para entender y valorar su acción educativa. Los temas centrales de su ideario educativo habían sido completados ya a finales de los cuarenta. El contenido de la reforma de 1946 al artículo 3º constitucional es una síntesis perfecta de sus componentes principales¹¹. Pero su plenitud como hombre público, como intelectual de Estado, se dio más tarde: durante el sexenio del presidente Adolfo López Mateos. Como veremos enseguida, su experiencia vital se potencia; paradójicamente también lo hacen sus límites personales y los límites que ya comienza a tocar el régimen al que ha servido con tanta eficacia y lealtad.

Biografía e historia

¿Historia? ¿Biografía? Es una pregunta que se hace a sí mismo Torres Bodet en las páginas finales de *Equinoccio*. Lo hace al reflexionar sobre el significado de dos objetos que le son caros: un libro de Saint Exupéry del que

¹¹ Pablo Latapí reprocha a Torres Bodet haber mantenido de manera incongruente, en la reforma que redactó para el artículo 3º constitucional, ciertas disposiciones contrarias al derecho internacional contra los ministros del culto y corporaciones religiosas o la negación de recursos legales a la educación privada contra actos arbitrarios del Estado. Aclara Latapí que Torres Bodet lo justifica aludiendo a “razones históricas” (*ibid.*, pp. 39-40).

había subrayado la siguiente frase: "Aquí no hay perdón para los errores". Y el retrato de su madre ante el cual admite: "Su tácita aprobación representaba mucho más para mí, que las reticencias de mis amigos [...] Biografía e historia se encontraban estrechamente enlazadas en el tejido de mi existencia. ¿Dónde empezaba yo? ¿Dónde acaba el mundo? [...]" (Torres Bodet 1981b, p. 699). Y refiriéndose a su trabajo diplomático que bien podría englobar el sentido todo de su vida como hombre público afirma:

Así se aprende también a ser. No queriendo ser uno mismo impasiblemente en el egoísmo y en la jactancia, sino sabiendo que cada hombre vive para los otros y por los otros, pues cada acto que realiza como individuo no es suyo exclusivamente. Es de todos los que tuvieron confianza en él (*idem*).

Se escucha aquí la voz de quien se encuentra ya en el momento de hacer un saldo existencial; sin acallar sus dudas ni sus pesares se percibe la satisfacción del deber cumplido, de quien ha demostrado apreciar, sobre todo, el valor de la acción. Cuando escribe estas líneas ha finalizado, por cierto, la última encomienda pública de su vida.

Una vida pública que se cierra como comenzó: vinculada con José Vasconcelos. Y es que, el respeto que Adolfo López Mateos le profesa a don Jaime lo coloca, desde el primer momento, en un sitio preferente. López Mateos no puede dejar de ver en Torres Bodet al secretario particular de su admirado Vasconcelos. Tampoco pasa por alto, claro está, el prestigio que a Torres Bodet le confiere su vida diplomática y sobre todo el honor de haber sido director general de la UNESCO. En suma, es una personalidad que dará brillo a su gabinete.

Por su parte, cuando Torres Bodet acepta de nueva cuenta la Secretaría posee la certidumbre de que va a tener un apoyo decidido en la persona del presidente López Mateos, como lo tuvo en su momento en el general Manuel Ávila Camacho. De nueva cuenta postergaba su regreso a las letras y no se arriesgaría a padecer otra experiencia como la de la UNESCO. En breves párrafos había presentado a Adolfo López Mateos sus ideas sobre lo que ha de hacerse con la educación nacional. López Mateos las aprobó con entusiasmo e insistió en que sólo el propio Torres Bodet podría hacerlas realidad; por tanto, lo convence de que para ello tiene que regresar a

la Secretaría. Comienza en ese mismo momento a fraguarse lo que será el Plan de Once Años para la Expansión y Mejoramiento de la Educación Primaria (1959-1970).

La concepción de este plan fue una verdadera innovación: contiene los lineamientos de una política educativa transexenal. Rodeado de un equipo técnico, emprende Torres Bodet el examen de las tendencias demográficas del país, llegando con ello a determinar que había que planear lo necesario, en materia de aulas y de personal docente, para atender a 7.2 millones de niños en 1970. En cuanto a los caminos posibles para lograrlo, contaba con el conocimiento de otros proyectos educativos que había tenido la oportunidad de conocer en la UNESCO. También estaba al tanto de las distintas metodologías de "planeamiento educativo" que tuvieron en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), un potente centro de difusión¹². Con esas herramientas se construye el Plan de Once Años, el cual contemplaba tres acciones relacionadas: una mayor atención a las normales, la inmediata ampliación del número de plazas para maestros y la mejoría del sueldo magisterial.

Pero nada de esto sería suficiente si no se conseguía dotar a todos los niños de los LTG. Si el presidente lo apoyaba en esta ambiciosa idea, confirmaría, en los hechos, la prioridad que su gobierno concedía a la educación, ya que significaba destinar anualmente cuantiosas sumas de dinero público a esa tarea; y era al mismo tiempo reconocer, cuando estaba por celebrarse el cincuentenario de la Revolución mexicana, la pobreza en la que aún vivían miles de familias y la necesidad de poner en manos de los niños de estas familias un instrumento limitado, pero indispensable, si es que de verdad se quería dar cumplimiento al espíritu del artículo 3° constitucional; por último, tanto sus contenidos —en especial por la

¹² El proyecto de planeamiento educativo comienza en la OCDE en 1958. En América Latina el proyecto específico más conocido fue el Proyecto Mediterráneo que, con apoyo de la OCDE, buscaba promover el desarrollo económico en los países más pobres de Europa occidental y que contenía previsiones sobre educación y sobre mano de obra. En 1962 se celebra, en Santiago de Chile, la Conferencia sobre educación y desarrollo económico y social que fue organizada por la UNESCO y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en ella se retoma la discusión del Proyecto Mediterráneo y se fortalece la tendencia a integrar economistas en las tareas de planeación educativa (OCDE 1967).

forma en que presentaba la historia nacional— como el hecho de haber sido concebido inicialmente como texto “obligatorio”, es decir que tendría que ser utilizado por todas las escuelas primarias del país, reafirmaba el papel de la educación como instrumento de cohesión social y de legitimidad para el Estado.

Torres Bodet consiguió que el presidente abrazara su empeño; logró también que para encabezar esta empresa nombrara una figura controvertida: Martín Luis Guzmán. Nada de esto se consiguió sin conflictos, pero biografía e historia se conjuntaron. El régimen político era fuerte, había recursos suficientes. El secretario Torres Bodet ideaba y daba seguimiento puntual a los proyectos educativos y culturales idóneos para la gran celebración del cincuentenario (Loyo 1988). El libro de texto y el otro gran libro de todos los mexicanos, el nuevo Museo Nacional de Antropología, fueron dos caras de una misma moneda.

En estos años, Jaime Torres Bodet entregó toda su experiencia y su capacidad de trabajo a éstas y a muchas otras realizaciones que lo trascenderían; habiendo navegado incansablemente entre México y el mundo, entre la alta cultura y la educación, entre la vocación literaria y la vocación de servicio encontró las circunstancias propicias para desplegar su creatividad (Gómez, Caso, Martínez *et al.* 1965; González Pedrero 1971). No fue por tanto, un funcionario más. Fue un intelectual de cuerpo entero, si aceptamos la definición que nos propone Edward Shills: un individuo con una *expertise* en el orden cognitivo y que se compromete vitalmente con el fin de promover valores nuevos o bien con el de defender los valores consagrados de una sociedad en un momento histórico concreto (Shills 1972).

Hemos visto que Torres Bodet cumplió su ciclo vital promoviendo, durante su juventud, los valores nuevos representados tanto por la brillante generación de los Contemporáneos como por la gesta educativa de Vasconcelos; más tarde lo encontramos, en su madurez, defendiendo y reforzando con estupendas realizaciones los valores consagrados por un régimen político presidencialista y de partido único que comenzaba indefectiblemente, como el propio Torres Bodet, su declive.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIGA VILLANUEVA, REBECA 2006. "Agonía y éxtasis. Notas sobre los libros de texto gratuitos y Jaime Torres Bodet", *Lingüística*, 18, pp. 135-143.
- BRAMELD, THEODORE 1955. "Culture and Education", *The Journal of Higher Education*, 26, núm. 2, 59-68, pp. 111.
- CARBALLO, EMMANUEL 1968. *Jaime Torres Bodet*. México: Empresas Editoriales.
- COWART, BILLY F. 1966. *La obra educativa de Torres Bodet, en lo nacional y en lo internacional*. Trad. Arturo Cantú Sánchez. México: El Colegio de México.
- FELL, CLAUDE 1989. *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*. México: UNAM.
- GÓMEZ MARTE, R., ALFONSO CASO, JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, RAFAEL SOLANA et al. 1965. *Jaime Torres Bodet: En quince semblanzas*. México: Oasis.
- GONZÁLEZ PEDRERO, ENRIQUE 1971. "Discurso en Sesión Solemne Conmemorativa al serle entregada la medalla Belisario Domínguez al doctor Jaime Torres Bodet, por el Senado de la República el jueves 7 de octubre", en <<http://www.senado.gob.mx/index.php?ver=sen&mn=7&sm=8&str=docs/1971.html>>. [Consultado el 3 de diciembre de 2010.]
- GRAHAM, S. E. 2006. "The (Real) Politics of Culture: U.S. Cultural Diplomacy in UNESCO, 1946-1954", *Diplomatic History*, 30, núm. 2, pp. 231-252.
- LATAPÍ SARRÉ, PABLO 1992. "El pensamiento educativo de Torres Bodet: una apreciación crítica", *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* 22, núm. 3, pp. 13-44.
- 2006. "60 años de la UNESCO. Un aniversario en el que México tiene mucho que celebrar", *Perfiles Educativos*, 18, núm. 111, pp. 112-123.
- LOYO, AURORA 1988. "Balances optimistas sobre la cultura en México. La visión de los intelectuales 'consagrados', 1946-1962", *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 21 (octubre 1988-marzo 1989), pp. 149-163.
- 2010. "Entre la celebración del pasado y la exigencia del futuro: la acción educativa de Adolfo López Mateos", en Rogelio Hernández Rodríguez (coord.), *Adolfo López Mateos. Una vida dedicada a la política*. México: Gobierno del Estado de México, pp. 331-362.
- MAHEU, RENÉ 1974. "Alocución del señor René Maheu, director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)", en *Homenaje a la memoria de Jaime Torres Bodet*,

- ex director general de la UNESCO (1948-1952)*, en <<http://unesdoc.unesco.org/images/0000/000096/009600SB.pdf>>. [Consultado el 5 de diciembre de 2010.]
- MENESES MORALES, ERNESTO 1998. *Tendencias educativas oficiales de México, 1934-1964*. 1ª reimp. México: Centro de Estudios Educativos-Universidad Iberoamericana, pp. 459-460.
- NIEBUHR, REINHOLD 1950. "The Theory and Practice of UNESCO", *International Organization Foundation*, 4, núm. 1, pp. 3-11.
- ORGANIZACIÓN PARA LA COOPERACIÓN Y EL DESARROLLO ECONÓMICOS 1967. *Problemas de planificación de recursos humanos en América Latina y en el Proyecto Regional Mediterráneo*. París: OCDE.
- OLEA FRANCO, RAFAEL 1994. "Jaime Torres Bodet: *Tiempo de arena*, tiempo de memorias", en Rafael Olea Franco y Anthony Stanton (eds.). *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*. México: El Colegio de México, pp. 77-88.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO 1976. "Torres Bodet *Contemporáneo*", en Miller Beth, *Ensayos contemporáneos sobre Jaime Torres Bodet*. México: UNAM, Dirección General de Publicaciones.
- PAZ, OCTAVIO 1994. "Poeta secreto y hombre público: Jaime Torres Bodet", en Rafael Olea Franco y Anthony Stanton (eds.). *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*. México: El Colegio de México, pp. 3-12.
- SATHYAMURTHY, TENNALUR VENGARA 1967. "Twenty Years of UNESCO: An Interpretation", *International Organization*, 21, núm. 3, pp. 614-633.
- SHERIDAN, GUILLERMO 1985. *Los Contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica (Vida y pensamiento de México).
- SHILLS, EDWARD 1972. *The Intellectuals and the Powers and Other Essays*. Chicago: University of Chicago Press.
- TORRES BODET, JAIME 1948. *Educación y concordia internacional*. México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- 1961. "Dédalo", en *Obras escogidas*. México: Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), pp. 29-30.
- 1981a. *Memorias: Tiempo de arena, Años contra el tiempo, La victoria sin alas*. 2ª ed. México: Porrúa, vol. 1, pp. 3-690.
- 1981b. *Memorias: El desierto internacional, La tierra prometida, Equinoccio*. 2ª ed. México: Porrúa, vol. 2, pp. 5-706.
- UNESCO 1948. "Jaime Torres Bodet elegido director general", *El Correo*. Edición especial: La Conferencia de Beirut (diciembre 1948-enero 1949), 1, núms. 11-12, pp. 1-8.

ANEXO

TRAYECTORIA DE VIDA

JAIME TORRES BODET

(1902-1974)

- 1902 Nació en la ciudad de México en la esquina de Donceles y Allende en el Centro Histórico, el 17 de abril, en el seno de una familia tradicional de clase acomodada.
- 1913 Terminó sus estudios de primaria en la escuela "anexa" a la Normal, dirigida entonces por don Abraham Castellanos, e inició sus estudios de bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria.
- 1918 Se inscribió como alumno regular en la Escuela de Jurisprudencia y en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. Inicia precozmente su obra literaria con *Fervor*, libro de versos que refleja la influencia del modernismo, prologado por el poeta jalisciense y miembro del Ateneo de la Juventud, Enrique González Martínez.
- 1921 A los 19 años asume el cargo de secretario de la Escuela Nacional Preparatoria y es nombrado secretario particular del rector de la Universidad Nacional de México, José Vasconcelos, en sustitución de Manuel Toussaint. En enero dirige el Departamento de Bibliotecas y crea un curso elemental de bibliografía y de biblioteconomía destinado a los empleados de las bibliotecas públicas.
- 1922 Como jefe del Departamento de Bibliotecas de la SEP (1922-1924) firma junto con José Vasconcelos las disposiciones generales del Reglamento de las Bibliotecas Públicas, que fomentan la vinculación entre maestros, alumnos y bibliotecas, como parte de la Campaña Nacional de Alfabetización impulsada por el secretario. Organiza la revista *El Libro y El Pueblo* y es coeditor de la revista *La Falange* (1922-1923), logrando editar tres números en su primera etapa. Publica los libros: *El corazón delirante*, con prólogo de Arturo Torres Rioseco, y *Canciones*, marcando el inicio de su obra poética más importante.
- 1923 Muere su padre. Continúa su intensa labor en la SEP. Reanuda la publicación de *La Falange*. Publica tres nuevos libros de poesía: *Los días*, *La casa* y *Nuevas canciones*, con poemas-prólogo de Gabriela Mistral.

- 1924 Se retira de la jefatura del Departamento de Bibliotecas de la SEP. En ese momento existen ya 1 916 bibliotecas en todo el país mientras que al inicio de su gestión había sólo 70. Publica el libro *Poemas*.
- 1924-1928 Colabora con el doctor Bernardo J. Gastélum, como su secretario particular, en el Departamento de Salubridad Pública. Al mismo tiempo, imparte clases de literatura francesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México (1925-1928). Publica *Biombo* (1925), un nuevo libro de poesía, pero en 1927 transita hacia la prosa con *Margarita de Niebla*.
- 1928 Publica un volumen de ensayos: *Contemporáneos*, que transmitió su título a una revista en la que se desempeñó como codirector (1928-1931) junto con el doctor Gastélum, Enrique González Rojo y Bernardo Ortiz de Montellano y en torno a la cual se constituyó el grupo homónimo. Funda una colección de artículos, publicados en *Excélsior*, bajo el título colectivo de *La vida y el espíritu*.
- 1929-1931 Inicia una etapa de su vida dedicada al servicio exterior mexicano como tercer secretario en la Legación mexicana en Madrid (1929-1931). Publica su novela *La educación sentimental* (1929) y con *Destierro* (1930) continúa su ya extensa obra poética.
- 1931-1933 Es secretario de la Legación mexicana en París (1931-1933), además de ser encargado de negocios *ad interim* en La Haya (1932). También en ese año publica *Estrella de día*, dando continuidad a su obra de relatos.
- 1934 Es nombrado encargado de negocios de la Embajada de México en Argentina y publica otro libro de relatos: *Primero de enero*.
- 1935-1936 Vuelve a la Embajada mexicana en París como primer secretario.
- 1936-1940 Es nombrado jefe del Departamento Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1936-1937) y encargado de negocios en Bélgica (1938-1940), donde es sorprendido el último año de su gestión por la invasión nazi a ese país. En su regreso a México es designado subsecretario de Relaciones Exteriores (1940-1943). Es también en 1937 cuando escribe uno de sus poemas más emblemáticos: *Dédalo*, publicado en *Cripta*, y su último libro de relatos: *Sombra*.
- 1943 Muere su madre poco antes de que termine de escribir *Continuidad*, serie de nueve sonetos, considerada una obra maestra de la literatura mexicana e hispanoamericana.

- 1943-1946 Como secretario de Educación Pública, nombrado por Manuel Ávila Camacho, promueve la Campaña Nacional contra el Analfabetismo como parte de la Ley de Emergencia. Establece el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE) (1944), el 27 de septiembre del mismo año inaugura, en el Castillo de Chapultepec, el Museo Nacional de Historia y funda el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio (IFCM) (1945). Dirige el compendio *México y la cultura* (1946), construye la Escuela Normal Superior (1944) y el Conservatorio Nacional de Música (1946) en la ciudad de México. Coordina la redacción del nuevo texto del artículo 3º constitucional (1944) que establece líneas generales vigentes hasta el día de hoy.
- 1946-1948 Regresa en el sexenio del presidente Miguel Alemán a la Secretaría de Relaciones Exteriores, ocupando el puesto de secretario del 1º de diciembre de 1946 al 28 de noviembre de 1948. Acude, representando a México, a la Conferencia Interamericana de Quitandinha, Brasil, en la que se formuló el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, y a la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá, Colombia (1948), donde se aprobó la Carta de la Organización de Estados Americanos.
- 1948-1952 Es nombrado director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), consagrándose a la ejecución de un programa en el que se destacan temas como: educación de base; extensión de la educación primaria, gratuita y obligatoria; educación de la mujer; educación general para el civismo internacional; intercambio de estudiantes y maestros; organización internacional de los especialistas en grandes federaciones y consejos; acuerdos para la libre circulación de libros, periódicos, revistas y, en suma, todo material de interés para la educación, la ciencia y la cultura. En 1949 continúa su obra poética con *Sonetos*.
- 1953 El 12 de junio ocupa la silla XXI de la Academia Mexicana de la Lengua y, el 6 de julio del mismo año es electo miembro titular de El Colegio Nacional.
- 1954-1958 Es nombrado embajador de México en Francia. Publica otro libro de poesía: *Fronteras* (1954) y, en 1955, *Tres inventores de realidad*,

desarrollando en esta ocasión un estudio crítico sobre la obra de los escritores: Dostoievski, Stendhal y Benito Pérez Galdós.

1958-1964 Adolfo López Mateos lo invita a ocupar nuevamente el puesto de secretario de Educación Pública. Desde ahí impulsa y pone en marcha el Plan para la Expansión y el Mejoramiento de la Educación Primaria, mejor conocido como Plan de Once Años, además de instituir el 12 de febrero de 1959 la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg) que publica los libros de texto gratuitos para los alumnos de educación primaria. En 1960 se produjeron 19 títulos para los alumnos de primaria y dos para el maestro. Presenta, en la V Asamblea Plenaria del Consejo Nacional Técnico de la Educación, un plan general para la creación de un "Servicio Nacional de Aprendizaje", que dio origen, en 1963, a los Centros de Capacitación para el Trabajo Industrial y Agrícola. Promovió la construcción del Museo de Arte Moderno el 20 de septiembre de 1964, y la organización y adaptación de los de Arte Virreinal y de Pintura Colonial. En 1958 concluye un ciclo importante de su obra poética con la publicación de *Trébol de cuatro hojas* y continúa con su obra de ensayos literarios con *Balzac* en 1959.

1964 Se retira de la vida política. A partir de este momento dedica su tiempo a escribir los volúmenes de sus memorias luego de haber iniciado con *Tiempo de arena* en 1955. Así, sucesivamente aparecen: *Años contra el tiempo* (1969), *La victoria sin alas* (1970), *El desierto internacional* (1971), *La tierra prometida* (1972) y *Equinoccio* (1974).

1966-1971 Preside la Academia de Bellas Artes (1966-1967), recibe el Premio Nacional de Literatura y Lingüística (1966), el Premio Mazatlán de Literatura (1968) y es galardonado con la Medalla Belisario Domínguez del senado de la República (1971). Entre los reconocimientos nacionales y extranjeros de los cuales fue objeto destaca el otorgamiento del grado de *doctor honoris causa* por once universidades, entre las cuales se encuentran la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Nicolaíta de Michoacán y de las siguientes instituciones del extranjero: Universidades de Albuquerque, Bruselas, Burdeos, California del Sur, La Habana y París. Además de haber recibido condecoraciones de los gobiernos de Argentina, Bélgica, Bolivia, Brasil, Cuba, Chile,

China, Ecuador, Francia, Guatemala, Honduras, Líbano, Luxemburgo, Panamá, Perú, República Dominicana, Suecia y Venezuela.

1974 La tarde del 13 de mayo se suicida en la biblioteca de su casa en la ciudad de México. A su muerte se le rindió un homenaje de cuerpo presente en el Palacio de Bellas Artes y fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.